

Ernesto Miguel
Fleites

*Cuentos de un
guajiro para pasar
las mil y una noches*

Los cuentos son para la tradición oral lo que la Biblia es para los cristianos o el Chilam Balam para la cultura maya precolombina: una suerte de relatos sagrados, cuyos héroes tienen su origen en algún momento pasado de la historia.

En Cuba, aunque no son muchos, hay quienes hacen el esfuerzo por desempolvar del olvido los temas y personajes provenientes de esa oralidad que nos identifica y de la cual vivimos orgullosos. Entre los escritores que han rescatado parte de ese imperecedero tesoro está René Batista Moreno, quien, en su libro *Cuentos de guajiros para pasar la noche*,¹ recoge anécdotas, historias y leyendas de tono guajiro; en parte motivado por su origen canario-campesino y en otra, por la influencia feijosiana que lo acompaña como el ángel de la guarda de nuestro folclore.

Indudablemente, de la tradición oral salen sus prodigios. Metáforas de una imaginación popular procesada en el talento de un alquimista de la palabra escrita; imaginación que no siempre es un retrato de la lógica o fiel reflejo de la realidad, sino un modo de modificarla a través de las sensaciones y percepciones que le nutren el alma en su andar por pueblos y bateyes. René es de esos poetas de la prosa y la investigación con un enorme

¹ René Batista Moreno: *Cuentos de guajiros para pasar la noche*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2007.

poder sugestivo. Su expresión lacónica se hunde en las raíces de la cultura campesina haciendo de sus obras piezas claves de este folclore, porque, sin margen para las dudas, son muestras vivas de la fidelidad con que la memoria colectiva conserva el ingenio y la sabiduría popular.

Sus personajes e historias representan casi siempre figuras arquetípicas de nuestro folclore: güijes, ciguapas, cagüeiros, madres de agua, brujas, casas y fincas embrujadas, descabezados, bultos, diablos, aparecidos y luces, componen el índice de ese tesoro que se hace nombrar *Cuentos de guajiros para pasar la noche* y que los entendidos consideran «inventario perfecto» del componente oral que abarca la cuentística campesina de todas las épocas en Cuba.

De la mismísima etapa colonial, y proveniente de una leyenda de la octava villa, llegan, para abrir el libro, los güijes: especie de duendecillos que, ocultos en las charcas, arroyuelos y pocetas de la jurisdicción remediana, hacían llorar o reír a los oyentes de sus historias. Desde el punto de vista folclórico este ser mitológico cubano es un híbrido de los duendes importados de la vieja Europa con algunos elementos de las culturas africana y aborigen. Por eso, las fábulas, mitos, cuentos y leyendas sobre el güije, lo convierten en una simbiosis perfecta de lo que encarna la identidad cultural de la isla, pues a él le ha tocado sufrir igual metamorfosis en ese ajiaco que nos identifica y nos hace diferentes de los demás en todo el planeta.

En otro de los acápites, aparecen las brujas. Seres que conservan su eterna juventud, no solo en la ingenuidad de la literatura infantil donde siguen perdurando a duras penas, sino también en este inventario adulto que las eterniza con anécdotas del populacho a lo largo de toda la isla: vuelos nocturnos en escobas hacia o desde las Islas Canarias se repiten una y otra vez en las historias «renecianas», bañando de imaginación el contexto folclórico nuestro al punto que —cuidado con lo que dices Ernesto— es tan rico en imaginería que no necesitamos otra fuente para nutrir la fantasía que necesita el escritor a la hora de inventar sus ficciones. Ahora recuerdo con agrado aquellas palabras tuyas en la sala de su casa: «las anécdotas que oí de niño, contadas por una tía y mis abuelos maternos, eran muy similares a las que inventarí después cuando, junto a Samuel Feijóo, anduve los campos de Cuba».

Pero vayamos a la tesis que hoy quiero discutir con los lectores. Por todos es conocido que el Romanticismo fue el primero en rescatar con intencionalidad, de la memoria del pueblo, su folclore; lo hizo como forma de preservar la identidad cultural. Los autores románticos no veían la necesidad de producir una nueva literatura, pues esta ya existía en lo popular: cuentos, oraciones, refranes, dicharachos, rondas, canciones, leyendas... Los románticos pensaron en devolver la literatura folclórica al pueblo mismo que la creó a través de la oralidad: una tarea para salvar el tesoro que comenzaba a perderse. Así aparecieron autores como Brentano, Arnim, etc., etc., etc.

En Cuba sucedió un tanto igual la historia que les cuento, solo que a la distancia de un siglo más o menos: por los finales de los años sesenta del siglo xx, Samuel Feijóo, en el centro de la isla, creó una revista a la que llamó *Signos*, y a su alrededor nucleó a un grupo de muchachos con muchas ansias y poca carretera para cumplir aquella misión «romántica» de devolver la literatura folclórica al pueblo mismo que la creó. Entre esos muchachos llenos de brío estaba René, que en ese entonces no tenía los dones de escritor. Reconocido luego con el premio Zarapico, con la distinción por la Cultura Cubana, con el premio Ser fiel, y otros muchos que no vienen al caso en el tema que nos ocupa. Cuando entonces era un simple guajiro con mil y un cuentos que contar. Un guajiro osado lleno de anhelos, lleno de ilusiones. Pero era también un guajiro lleno de talento, y eso lo desconocía hasta él. Solo Feijóo, con ese ojo de la buena suerte, fue capaz de ver en aquella silueta montaraz lo que él buscaba para su proyecto, y lo aceptó en el grupo de colaboradores de la revista.

René observó con detenimiento la forma con que Feijóo rescataba el folclore, su perseverante faena editorial, sus caprichosos proyectos y los fue procesando en su intelecto; luego creó su propio estilo: ya no era igual al feijosiano en la manera de entender cómo debían transcribirse los cuentos y leyendas que emanaban del pueblo. El genio de René buscaba y, por qué no decirlo, encontraba una nueva forma. René entendió con mucha rapidez que la salvación oral de los cuentos, sus temas y personajes, solo era posible si se retocaban con la imaginería del autor como forma de reactivar el folclore; en cambio, Feijóo quiso ser extremadamente ortodoxo a la hora de rescatar la tradición, sin cambiar ni influir,

y esto le restó a su obra, pienso yo, el toque de ingenio, humor, imaginación y «gancho» que la obra de Batista Moreno nos regala y que hace, a la vez, que se agote con facilidad en los espacios de venta que ofrecen nuestras librerías.

Cuentos de guajiros para pasar la noche, obra publicada por Letras Cubanas en 2007, no resultó la excepción dentro de este proceso de marketing literario: se agotó con urgencia. Hoy abogamos por su segunda edición. En este magnífico libro referencial de su obra podemos observar esas dos posturas que con anterioridad mencioné como contrapuestas. René toma la ortodoxia feijosiana para mantener en vilo un folclore inalterable por los tiempos de los tiempos como una referencia a la didáctica de los cuentos. Y a la vez agrega también el estilo que lo ha caracterizado en los veintitantos libros salidos de su pluma, dándole al lector la posibilidad de jugar con el cuento, cambiándolo a su imaginación sin alterar jamás la credibilidad que necesita el receptor de la historia para degustarla al ciento por ciento.

Es por eso que en el libro encontramos con facilidad mil maneras distintas de narrar las historias de casas embrujadas, madres de agua voraces, brujas que vuelan a la luz de los relámpagos, jinetes sin cabeza, espíritus diabólicos que aparecen en los caminos, fantasmas de disímiles maneras y otros seres mitológicos tan cubanos como esos personajes que narran.

A mi manera de ver, los *Cuentos de guajiros para pasar la noche* están dentro de los más conocidos y reconocidos de la tradición popular cubana. Por eso considero que la grandeza del autor radica en la compilación misma de estos cuentos. De más está decir que el libro tuvo un éxito inmediato entre los lectores adultos y niños, porque los cuentos, mitos y leyendas, provenientes de la tradición oral y la memoria colectiva, no conocen edades ni épocas, son simples joyas que enriquecen el acervo cultural y literario de este pueblo. De esto estamos conscientes.